

2004

Los pasos recobrados de Alejo Carpentier

Jacques Joset

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Joset, Jacques (Primavera-Otoño 2004) "Los pasos recobrados de Alejo Carpentier," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 59, Article 10.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss59/10>

This Otras Obras is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

LOS PASOS RECOBRADOS DE ALEJO CARPENTIER

Jacques Joset

Universidad de Lieja, Bélgica

Primavera de 1980

Habla Carpentier por la noche de un viernes de otoño. A su lado, Carlos Fuentes y Manuel Scorza. Presentan frente a las cámaras del más famoso programa literario de la televisión francesa, "Apostrophes", las recientes traducciones de *El arpa y la sombra*, *Terra nostra* y *El jinete insomne*.

Tres generaciones de escritores hispanoamericanos, tres escrituras.

Habla el mayor, después de los otros. El televidente distraído, engañado por la consonancia del apellido – pronúnciese Carpentier a la francesa, con la erre al fondo de la boca, la vocal nasal [ã] y la [e] final muy cerrada–, la fluidez y casticismo lingüístico del hablante bien podrían darle la razón a Neruda: "Éste es un escritor francés." El oyente más atento no se equivoca: "Este no es francés. La pureza de su lengua nos estafa. Su verbo viene de más allá."

Habla una imaginación histórica, nutrida por una cultura fabulosa, chispeante y profunda. Ese discurso no suele correr por nuestras calles, con la excepción del de Marguerite Yourcenar. Pero desde dentro del mismo lenguaje del irreductible no-francés-francófono / francófobo-francófilo surgen las voces del delirio, del humor, de tiempos y espacios conflictivos, desconocidos por una academia francesa aún por crear.

Habla Carpentier por aquella noche del otoño europeo de 1979. Fue su última intervención pública entre nosotros. Recreó el mito de Cristóbal Colón, nos ofreció su versión de las fortunas y adversidades del Invisible-Descubridor-Christophoros-marinero genovés-Gran Almirante de la Mar

Océana. Nos regaló a los europeos atónitos esa interpretación que, poco después, había de ser premiada por el *Prix Médicis étranger*, otorgado a la mejor novela extranjera vertida al francés durante el año.

Este también sería el último de los premios literarios europeos que coronaron la obra de Alejo Carpentier, amén de los americanos, entre los cuales se destaca el *Alfonso Reyes* de 1975. Aquel año recibió el premio *Cino-Del-Duca* por la traducción francesa de *El recurso del método*. En 1978, el ministerio de Cultura de la joven España democrática, siempre joven y siempre vieja, agregaba la nota oficial al concierto de elogios universales por el *Premio Miguel de Cervantes Saavedra*, cuyo jurado era nada menos que la *Real Academia Española*, con sus más de dos siglos de historia. Con oportunidad de dicho premio, publicó Carpentier un texto esencial sobre el autor del *Quijote* – quiero decir, uno de esos textos críticos realmente iluminadores – titulado *Cervantes, padre de todas las novelas*.

Según Carpentier, Cervantes fue el descubridor – fascinación por los descubridores en Carpentier: Cervantes y Colón, el protagonista de *Los pasos perdidos* y Víctor Hugues, inventor de la Revolución francesa-antillana, Henri Christophe, fundador de un reino, y el mismo Carpentier, exhumador de un *Concierto barroco* de Vivaldi–, descubridor, pues, de la cuarta dimensión del hombre, la imaginaria.

Sospecho mucho al cubano de proyectar sobre el español la sombra de su sexto sentido, agudizado por el ambiente americano y la debilidad inventiva de este Viejísimo Mundo.

Ya está terminando el programa. Habla el autor de *El Derecho de asilo* de París, capital de los escritores hispanoamericanos del siglo XX. Paso de armas con Carlos Fuentes. Espadas embotonadas.

Y otra vez las palabras del consejero cultural de Cuba en Francia construyen puentes, con no pocas rupturas y obstáculos, entre América y Europa, mientras suscitan recuerdos de ficción y biografía en la mente del lector de la versión española de *La consagración de la primavera* cuya traducción se está gestionando.

La madre rusa de Alejo topa con una bailarina, hija de rusos blancos, bajo techo de la *Ópera Garnier*, nuevamente pintado por otro ruso, judío. Vera, así se llama la bailarina, sueña con representar algo de Stravinsky en Cuba.

El padre bretón de Carpentier conversa con un tal Jiug, Iug, Juk o Ugues, *négociant á Port-au-Prince*, en un salón del trasatlántico que cruza el charco. El uno diserta sobre la simbología de las columnas salomónicas; decreta el otro la necesidad de la guillotina y la libertad de los esclavos.

Robert Desnos trae de la mano al estudiante acosado que se lleva la partitura de la *Sinfonía heroica* como equipaje. Habrá de vivir once años con escritores que entre sueños y manifiestos buscan ese punto del espíritu donde fusionan todas las oposiciones.

Ahora lobos germánicos, negros, grises y verdes, expulsan de París a los investigadores del amor loco. El musicólogo retorna a su semilla, desembarca en La Guaira y, cual barco borracho invertido, río arriba, sin tripulantes, encuentra lo buscado: la armonía primitiva y la fiesta bárbara: «Des Peaux-Rouges criards les avaient pris pour cibles, les ayant cloués nus aux poteaux de couleurs».

Llega el año de la Revolución. Barbudos destierran al último de los *Primeros Magistrados* que se sucedieron en la Isla. Hoy está comprando frutas tropicales en las tiendas de *Fauchon*.

Ha dejado de hablar Alejo Carpentier. Ha cerrado el *Gran Libro* de las epifanías, fábulas y leyendas, historias y mitos, maravillas y miserias del Caribe.

Ha dejado definitivamente de manejar el Verbo una noche de primavera parisina.

Pocos días antes, en la misma ciudad, había muerto Jean-Paul Sartre. Edad aparte – el cubano nació en 1904, el francés en 1905–, todo parecía separarlos. El ministro consejero cultural acumulaba las distinciones oficiales; el filósofo “franc-tireur” las rechazaba todas. A la voluntad de estilo de aquél, éste oponía la de destruirlo. Al recurso delirante del método, contestaba el discurso riguroso del ser y de la nada.

Pero las trampas de la cuarta dimensión de la física reunieron a los dos gigantes en la cuarta dimensión del hombre, creadora de otros tantos tientos y diferencias entre América y Europa.

Primavera de 2004

Esta semblanza televisiva de Alejo Carpentier quedó inédita... ya no sé por qué. Me falla la memoria. A él nunca le fallaba, sacaba del cajón el dato que necesitaba en el momento apropiado y lo deslizaba ahí exactamente donde la andadura del relato lo exigía. Nunca lo había publicado... quizá porque no hubiera resistido la prueba irrefragable del amante del “poète aux semelles de vent”, tripulante del “bateau ivre”: “De la musique avant toute chose”. También en prosa, sobre todo en prosa. Por eso tal vez no di a la imprenta estas frases lejanas que a duras penas hubieran pasado por el “gueuloir” flaubertiano.

Y la voz de Carpentier: “Declámalas, grítalas a voz en cuello”. Todo es cuestión de ritmo y cadencia, de sucesión armónica de sílabas y sonidos, ora contrastados, ora melódicos, con un *continuo* de fondo. Para nombrar a América, para contarla, para decir lo *de acá* y lo *de allá*, lo soso y lo sabroso, el olivo y el maíz, encontrarás metáforas seminales, de las que se comen y beben, se huelen y se tocan, exhalan perfumes en ceremonias secretas, en festivales sinestésicos y enumeraciones jubilosas. Inventarás una erótica de

las palabras, no representada sino figurada, encerrada en la mera sensualidad del decir, en el gozo de las voces. No desdeñarás el martilleo machacón de las repeticiones, aliteraciones y anáforas, que también es música:

De plata los delgados cuchillos, los finos tenedores; de plata los platos donde un árbol de plata labrada en la concavidad de sus platos recogía el jugo de los asados; de plata los fruteros, de tres bandejas redondas, coronadas por una granada de plata; de plata los jarros de vino amartillados por los trabajadores de la plata; de plata los platos pescadores con su pargo de plata hinchado sobre el entrelazamiento de algas; de plata los saleros, de plata los cascanueces, de plata los cubiletes, de plata las cucharillas con adorno de iniciales [...]

Serás coetáneo del espacio euroamericano cuyos meandros y sinuosidades describirás, y también de la Mar Océana de donde salimos todos. Subvertirás los tópicos, hasta los de la Revolución tropical aunque al sesgo como escéptico vergonzoso que eres, como cuando incurres en los clichés más clichés y asumes las contradicciones más chillonas. Tu lugar estará entre Mandinga y Descartes, entre lo oculto y lo racional, entre las curvas y las transversales, entre el bálsamo y el vinagre, entre el agua y el incendio, entre los mares y los continentes. Tu lugar estará en los pliegos del *Quijote*, árbol frondoso de la ficción moderna. Entrarás, pues, en el baile de las antítesis donde el sexo derrota a la Razón y la razón al Sexo, en la danza de Figuras y Personificaciones, en el ballet “du cru et du cuit”, en la zarabanda de estatuas en rotación y esculturas quiméricas. Exaltarás los ocasos de civilizaciones, el hambre de los Orígenes y la sed del Porvenir, los renacimientos perpetuos del Hombre y los conquistadores caribeñizados, las ceremonias ñáñigas y los ritos masónicos, la búsqueda metafísica de los racionalistas y el sentido de lo sacro de los materialistas, los escrúpulos del historiador enmarañado en los derroches mágicos de la metáfora. Europeo serás de convicción americanista e hispanoamericano de hondas raíces europeas. Hombre del *Sí* serás, y del *No*, de las armas y de la pluma. Hombre serás de las fusiones y fundaciones.

La frase ya caracolea, ya culebrea, ya se cuele entre los cordajes de los barcos veleros, entre los cabos de las falucas. Ya las palabras se enrollan como cuerdas, explotan como bombas en una catedral.

Ya están abiertas las escotillas del lenguaje, ya desbordan los mares de plantas y frutas, olores y perfumes, árboles y especias, naciones y pueblos, esencias y flores nuevas, aves y pájaros, animales y seres mitológicos, bebidas y comidas, reflejos y matices, instrumentos musicales y voces humanas, metales preciosos y tesoros ocultos, ciudades ficticias y geografías imaginarias, curas y brujos, monjas y hechiceras, descubridores descubiertos y agentes encubiertos, pan y vino.

Ya están abiertas las escotillas del tiempo, las reescrituras de la Historia, sus pestes y glorias, los imposibles encuentros hechos posibles en el espacio del texto: Vivaldi y Stravinsky, las corazas de la Conquista y los aviones de la Guerra civil, Pío Nono y Víctor Hugues, los aires de Flandes y los huracanes tropicales.

Ya están abiertas las escotillas del espacio: una abertura en la selva y se descubre un mundo de pasiones y ritos primitivos, mundo de la Vida, mundo de la Muerte. Atrás están las vanidades civilizadas, delante la quintaesencia más buscada por un Amadís americano, a la vez Moctezuma veneciano. Delante los pórticos de San Marco y las columnas de La Habana; delante los dos Mediterráneos, el que une separando Europa, África y Asia, el que fusiona fragmentando islas y orillas del Caribe; delante los trópicos tristes o gozosos, siempre portentosos. Delante la *Revelación de las Formas* primigenias y el Génesis; delante la Gran Sabana y el Caroní, el Roraima y las Mesetas Madres.

Descubridor de partituras y de palabras, trovador de la migración caribe, retratista de portentos y bordaduras, verdadero cronista de un falso Colón, eterno perseguidor de utopías, Carpentier lo fue todo y mucho más. Embustero engañado logra convencer al lector incauto de la existencia de un *realismo maravilloso* con su mirada de *senex puer* o de inocente culpable, cuyas maromas dejan al público embobado y embaucan al presunto erudito con empedrados de citas engarzadas en el fluir incansable de la ficción. Botanista del Verbo, opera la fecundación hermafrodita de la ficción y la teoría literaria. Profeta, programa el futuro (ahora pasado) de la novela hispanoamericana. Modelo tiránico, exige del narrador del porvenir la enorme cultura que era la suya. Esteta hasta la punta de los dedos, prefiere la *Venus de Canova* a Paulina Bonaparte.

Y nosotros, tras un nuevo revolcón de la Historia, debajo de una nueva capa cronológica y nuevas alusiones ideológicas dizque *desideologizadas*, en esta era de los “post”, ¿qué vamos a preferir? ¿La carpenteriana esperanza del Hombre en busca perpetua de un Mundo Mejor o la desengañada y “larga marcha colectiva en pos de una felicidad que en el fondo sabíamos inexistente” de Roberto Bolaño?